

de *nación* que descubrimos en su pensamiento. Distingue entre la *patria*, formada por la unión bajo unas mismas leyes y un mismo poder—por tanto, una forma de lazo político externo y más bien pasivo—, y la *nación*, en cuya integración juegan elementos internos, histórico-culturales, de costumbres, sentimientos, modos de vida, etc. Ciertamente que, apenas empezado su discurso sobre la «pasión nacional», lanza una dura condenación contra ésta y contra aquellos hombres «de genio nacional, cuyo espíritu es todo carne y sangre, cuyo pecho anda como el de la serpiente, siempre pegado a la tierra». No deja de tener, igualmente, una honda prevención contra el «amor de la patria»: «El amor a la patria particular, en vez de ser útil a la república, le es por muchos capítulos nocivo.» No hay por qué condenar un cierto apego al suelo nativo, pero sí es un grave inconveniente incurrir en «paísanismo». Para Feijoo—y creo que en ello se encuentra una de sus más finas intuiciones—, el lazo de amor nacional, sanamente desarrollado, se lo vincula la república—esto es, la organización política en cuyo ámbito vivimos, a la cual, de alguna manera, pertenecemos—, no porque nacimos en su distrito, «sino porque componemos su sociedad» (62). Es decir, se es parte o no de una nación, políticamente, no por determinaciones externas que se imponen, sino por un vínculo voluntario: porque nos mantenemos incorporados al grupo humano que la integra, y esto es siempre una libre expresión de la voluntad.

Añadamos que, sin embargo, Feijoo observa que hay sobre el sentimiento humano factores de acción determinante difíciles de desarraigar y aun imposible de borrar. Tal es el caso del *lenguaje propio*: «Primero se quita a un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se ceda a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones» (63). Y Feijoo, como herido hondamente en su interior, ironiza acremente contra Mañer, en su *Ilustración apologética*, con motivo de un pasaje en que este último había manifestado cierto desprecio por la lengua gallega.

En el orden político nos quedan por hacer unas observaciones sobre uno de los aspectos más valiosos del pensamiento feijooniano y que nos ayudarán a entender el fenómeno, europeo y español, del llamado *despotismo ilustrado*, de cuyo fondo va a salir, contradictoriamente, el planteamiento político del problema de la libertad.

A través de su obra, Feijoo ha ido divisando una línea de despotismo ilustrado, como hemos dicho: una empresa reformadora, encomendada a un grupo de filósofos, bajo el amparo y protección de un

---

(62) «Amor de la patria y pasión nacional», *T. C. U.*, t. III, 10.

(63) «Paralelo de las lenguas latinas y francesa», *T. C. U.*, t. I, 15.

sabio príncipe. Es una fórmula a la que presta íntima adhesión al grupo de mentalidad burguesa dieciochesca. Todavía al final de la época, en vísperas de la gran Revolución, lo hará suyo Kant. El filósofo por excelencia de la plenitud de esta mentalidad espera todavía transformar radical y definitivamente el mundo, no por otras vías que por la reforma de la manera de pensar. Kant sostiene que «mediante una revolución acaso se logre derrocar el despotismo personal y acabar con la opresión económica y política, pero nunca se consigue la verdadera reforma de la manera de pensar, sino que nuevos prejuicios, en lugar de los antiguos, servirán de riendas para conducir el gran tropel» (64). Kant expresa a continuación la esperanza de que, antes de plantear la alternativa de una revolución, o, mejor dicho, más eficazmente que por una vía revolucionaria, sea posible realizar el programa reformador mediante el Instrumento del poder despótico de un monarca (65). Feijoo está en el arranque de esta ilusión, y de ahí el papel que para él juega la libertad de pensamiento.

Se ha dicho que en Feijoo se encuentra, efectivamente, la *libertad de pensar*, pero no la *libertad civil*, o, más específicamente, la *libertad política*. Mas no hay que olvidar que de suyo la libertad de pensamiento es ya de naturaleza esencialmente política. Dejando aparte esto, frente a lo dicho por Millares de que no hay en él, pese a su conocimiento de Bacon, Hobbes y Locke, ninguna apelación a la libertad, nos bastará con citar un pasaje bien significativo: condena, desde luego, a los príncipes con ambición conquistadora, pero más aún a los que despóticamente tratan de aumentar, no extensiva, sino intensivamente, su poder, pretendiendo dominar, no a los más vasallos que puedan, sino lo más que puedan a sus vasallos: «Es esta otra especie de conquista más odiosa y más barata, porque no se debe al valor, sino a la astucia; no a las fatigas de la campaña, sino a las cavilaciones del gabinete. Conquistáanse los propios súbditos haciéndose más súbditos, atando con más pesadas cadenas la libertad, transfiriendo el vasallaje a esclavitud» (66). Ahí está, bien rotunda, la apelación a la libertad y el explícito empleo de este término. Tengamos, además, en cuenta que cuando Feijoo, con la mayor energía combativa, condena la desigualdad, el abandono, la miseria del pobre, entre las penosas consecuencias que esa debilidad social del menesteroso trae consigo, destaca el estado de opresión a que le conduce, y ese

---

(64) «Qué es la Ilustración», recogido en el vol. *Filosofía de la historia* (trad. castellana), México, 1941, p. 27 (el escrito es de 1784).

(65) *Ob. cit.*, pp. 35 y ss. (el príncipe ilustrado aparece como el más eficaz instrumento de liberación: el que permite alcanzar la libertad religiosa).

(66) «La ambición en el sabio», *T. C. U.*, III, disc. 12.

concepto de opresión pertenece, aunque sea por su lado negativo, a la esfera de los problemas de la libertad.

Mas esto nos lleva a una última esfera de cuestiones abordada en la obra feijoniana: las de naturaleza *económico-social*. Es característico de los ilustrados españoles el gran volumen que estas preocupaciones ofrecen en sus obras, inspiradas por el estado de postración en que hallan al país. Tengamos en cuenta que la revolución industrial y, aunque en fase más de iniciación, la revolución agraria, están en marcha en Inglaterra; que el colbertismo ha animado eficazmente la industria francesa, y que en España, desde antes de lo que suponía, desde antes de empezar a escribir Feijoo, ha penetrado teóricamente la influencia de Colbert (67). Ya en el que hemos llamado «primer siglo XVIII» se puede contar con una bibliografía económica, cuando otras ramas de la actividad literaria siguen paralizadas: Argumosa, Ensenada, Macanaz, Campillo, Santayana, M. de Zavala, Santa Cruz de Marcenado, Marqués de Villadarias, Ustariz, Ulloa. A alguno de ellos lo ha leído Feijoo, así como a escritores del XVII, que tanto van a estudiar algunos ilustrados; en este caso concreto, a Saavedra Fajardo y a Fernández Navarrete. A estos dos, así como a Ustariz, los cita remitiendo a lugares precisos de sus obras. Del último de los mencionados viene la inspiración proteccionista que se descubre en el pensamiento feijoniano. Si bien, no aparecen en sus páginas las preocupaciones cuantitativas y estadísticas que muestran los escritores de materia económica y social, conforme a determinada línea de la mentalidad dieciochesca.

Tal vez más en la línea de los escritores españoles del XVII que de los de otros países europeos en su tiempo, Feijoo antepone el *punto de vista social* al puramente económico. Merecería la pena estudiar la patética exposición que hace del estado de pobreza de pequeños labradores y campesinos, sufriendo más infausta suerte que los bueyes que les acompañan en sus trabajos. Ante tal situación, «con igual propiedad podemos hoy lamentar la suerte de los hombres, que para romper la tierra usan de los bueyes, pues apenas gozan más que ellos de los frutos de la tierra que cultivan. Ellos siembran, ellos aran, ellos siegan, ellos trillan; y después de hechas todas las labores, les viene otra fatiga nueva, y la más sensible de todas, que es conducir los frutos o el valor de ellos a las casas de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados en lágrimas» (68). Esta situación llega a su extremo límite en Asturias y Galicia, «cuyos labradores, trabajando con el mayor afán posible, sobre alimentarse todos misérrimamente, los más no ganan con qué cubrir

---

(67) Véase J. Reeder: «Ustariz y Colbert», en la revista *Moneda y Crédito*, junio, 1972.

(68) «Honra y provecho de la Agricultura», *T. C. U.*, t. VIII, disc. 12, núm. 10.

sus carnes» (69). A Feijoo le mueve una honda preocupación de justicia y de humanidad, pero no menos de provecho público, tan abatido: «un labrador que no saca de su tarea lo preciso para su sustento y abrigo razonables, no trabaja ni aún la mitad que otro bien sustentado y cubierto. Esto, por muchas razones. La primera, porque no tiene iguales, sino muy inferiores fuerzas. La segunda, porque el poco útil que le rinde su fatiga le hace trabajar con tibieza y desaliento. La tercera, porque el desabrigo de la habitación, de la cama y el vestido, le acarrea varias indisposiciones corporales que le quitan muchos días de trabajo... La cuarta, porque su pobreza le prohíbe tener instrumentos oportunos para la labranza, porque en esta clase, como en todas las demás, lo mejor y más útil es más costoso» (70).

También la situación del trabajador industrial, del artesano, no deja de ofrecer un aspecto poco favorable. En un momento dado, piensa que lo más conveniente empezaría por ser que «cada hombre se destinase a aquel oficio que es más conforme a su genio» (71); pero, en realidad, Feijoo se mantiene adicto al principio de herencia y de fijación de la población trabajadora, propio de una sociedad de escasa movilidad. Tiene interés que nos fijemos en las razones que aduce entrando en el área de la polémica sobre libertad o heredabilidad de los oficios (que, a su vez, es un aspecto de la polémica sobre los gremios), porque en ellas se nos revela el grado de adscripción que se da todavía en Feijoo, a la sociedad tradicional. A favor del principio de fijación hereditaria de los oficios de padres a hijos, se declara Feijoo, en primer lugar, por *razones técnicas*: se transmiten así los adelantos que cada uno haya podido alcanzar, sin guardar secreto alguno, cuando es al propio hijo y no a un extraño a quien se enseña; de ese modo, se asegura la acumulativa perfección de las artes (subsistencia del régimen de taller familiar). Tiene en cuenta *razones económicas*: se aprenden las artes en menos tiempo y en edad más temprana, y, además, se logra eliminar los perniciosos cambios de un oficio a otro, con que se pierden por capricho buenos artífices (la vocación no cuenta, importa trabajar más). *Razones políticas o sociales* cierran la argumentación: «hacerse más clara y constante la distinción de clases en la república», lo que elimina las perturbaciones de cuantos quieren subir a más y trastornar el orden de colocación de cada uno. Si a todo esto añadimos su propuesta de establecimiento de un magistrado que en cada pueblo tuviera a su cargo vigilar la manera de sustentarse cada uno de los individuos del mismo (con lo que se evitaría que se pudiera

---

(69) «Paradoxas políticas y morales», *T. C. U.*, t. VI, disc. 1.º, núm. 2.

(70) «Honra y provecho de la Agricultura», núm. 44.

(71) Disc. citado en la nota anterior, núm. 54.

vivir del vicio —robo, estafa, usura, proxenetismo, etc.—), comprendemos bien el patrón social que tiene en su mente Feijoo, el cual se halla muy distanciado todavía del de una sociedad que ha iniciado su despegue (72).

«Nadie ignora —dice con el patetismo que emplea en estas cuestiones— que es grande la pobreza de España, y las necesidades que padecen innumerables individuos, graves y gravísimas. Es cierto también que, aumentando los días de trabajo o minorando los festivos, que es lo mismo, se remediarían muchas de estas necesidades, porque las tierras producirían más frutos, y las artes mecánicas, más obras» (73). Sin embargo, el autor ha empezado este escrito suyo —dedicado al tema tópico de combatir la ociosidad y excitar al trabajo—, comentando que en España hay sobra de oficiales mecánicos, los cuales viven misérrimamente por faltarles en qué trabajar. Y ante esta situación de desempleo forzoso, su fórmula es una política de creación de puestos de trabajo. En cierto aspecto parece que no, puesto que si pide que se quiten muchos días de fiesta, con lo que los que ya trabajan trabajarán más, el resultado inmediato es que sobrarán más brazos. Por de pronto, Feijoo replica que los hombres que resten podrán dedicarse a engrosar la milicia. Pero él es un ilustrado y no puede quedarse ahí. Nos parecerá contradictoria con su afirmación de que sobran oficiales, su recomendación —ya de procedencia secular— de que, en buena economía, a los ociosos y a los desocupados hay que hacerlos trabajar. Feijoo para resolver esta antinomia sostiene: «Nunca faltaría en qué hacerlos trabajar, ya labrando territorios incultos, ya componiendo caminos, ya sirviendo a la construcción de puentes, u otros edificios públicos, ya plantando arboledas, ya persiguiendo y matando fieras donde las hay...» (74). ¿Cree Feijoo que una amplia política de empleo aumentaría la producción, incrementaría el consumo y animaría el cuerpo entero de la economía, como un verdadero factor multiplicador? No es, ni con mucho, suficientemente coherente el esquema de su pensamiento para poder obtener de él una respuesta clara: parece partir del planteamiento de las sociedades agrarias —bajo el ejemplo, admirado por la sabiduría popular, de la imagen de la hormiga trabajadora—, de que, ante una situación adversa, lo que hay que hacer es trabajar más y más; pero, si consideramos que en su enunciación de ocupaciones a dar a los que no trabajan, hay algunas que no tienen un directo carácter productivo, pensamos que Feijoo prevé una política —confusamente anticipada— de pleno empleo que, elevando la capacidad adquisitiva

---

(72) «Paradoxas políticas y morales», núms. 75 a 80.

(73) «La ociosidad desterrada...», *T. C. U.*, t. VIII, disc. 13.

(74) Escrito citado en la nota anterior. El tema se repite en *C. E.*, t. III, carta 23, «Erección de Hospicios en España».

del pueblo, expandiría el consumo y con él la economía nacional en todas sus partes. Pero, al pensar así, Feijoo no hace más que aproximarse al horizonte que alcanzaron, en el siglo anterior, Sancho de Moncada y Martínez de Mata, inspirados por las peculiares dificultades de la situación española.

Se ha querido ver una contradicción entre su programa de reformador a favor del pueblo y la conciencia de estar fuera de éste, de ser, en fin de cuentas, no digamos un noble, pero sí miembro de un estamento privilegiado. Advirtamos, no obstante, que si Feijoo está convencido de esta situación de atraso, su afán es eliminarla y muy congruentemente considera que esto no es alcanzable mientras no se elimine la pobreza. Por otra parte, ninguno de cuantos han escrito —por lo menos hasta fechas muy recientes— a favor de los trabajadores, pobres y sometidos, aplastados, como los ve Feijoo, por el esfuerzo y la miseria, han pertenecido a grupos de ese pueblo explotado: desde Luis Vives y Tomás Moro, a Carlos Marx y Leon Tolstoi. Tengamos en cuenta una cosa: Feijoo no tiene nada de asceta; en un comentario a Homero, estima inadmisible, por inverosímil, que el poeta haga preferir a Ulises su tierra seca y rocosa de Itaca, «a la inmortalidad llena de placeres» (así escribe) de vivir con una ninfa (75). Recordemos, por otra parte, que Feijoo valora como el mejor remedio médico, como el más eficaz «cordial», mantener alegre al enfermo: «La alegría del enfermo no pende tanto, ni con mucho, de las recetas del médico, cuanto de lo que el enfermo puede recetarse a sí mismo. Consúltese en todo y por todo su gusto y administrésele todo, exceptuando únicamente lo que, o ciertamente es perjudicial a su salud o ilícito en lo moral» (76). Envuelto por el frío de su celda del convento ovetense —que en cuarenta años de haberse puesto a escribir en ella no ha logrado helar y paralizar su pluma—, Feijoo ama los bienes materiales y quisiera administrárselos al pueblo, como sería justo, en la mayor medida posible y de la más razonable manera. Responde ya perfectamente al patrón ilustrado, cuando Feijoo combate la mendicidad y condena la limosna por antieconómica y moralmente perjudicial al país y a los pobres, cuando éstos no carecen de fuerzas corporales para vencer por sí mismos y con ayuda de una adecuada organización social, su estado de miseria: «la limosna no aprovecha si no se distribuye con inteligencia, discreción y juicio». Es sintomático de un cambio de mentalidad, de un grado de secularización, el hecho de que la conocida frase de Cristo en el Evangelio la interprete en el sentido de que la limosna no la ha de dar una u otra mano, sin saberlo la otra, sino que la ha de dar la mano

---

(75) «Amor de la patria y pasión nacional», ya citado.

(76) «Importancia de la ciencia física para la moral», *T. C. U.*, t. VIII, disc. 11.